

Ped., á la condesa, que ha llegado á la otra orilla. Ya estais en salvo, señora;
 Mi juramento cumplí.
 (A los de Marchena.) ¡Ea! ¡traidores! ahora
 Vuestra salvacion estriba
 En daros á Don Enrique.
Lucas. Pues si no es mas, no se pique.

¡Viva Don Enrique!
 Todos. ¡Viva!
 (Pedro queda de pié sobre el puente.)
Lucas descubierta la cabeza para victorear á Don Enrique. Los ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la condesa desmayada en brazos de Juan y rodeada de Garcia y los suyos forman otro segundo cuadro.)

SANCHO GARCIA,

COMPOSICION TRAGICA EN TRES ACTOS

EL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHÉA

EN MUESTRA

DE FRANCA AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS.

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.
 LA CONDESA VIUDA, su madre.
 HISSEM-ALHAMAR.
 ESTRELLA.
 SANCHO MONTERO.

SIMUEL BENJAMIN.
 ELIAS.
 UN CABALLERO.
 CABALLEROS, PAGES, VILLANOS.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da á las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador ó kiosk, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo se estiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, ESTRELLA.

Est. Señora, retirémonos; la noche
 Es cada vez mas lóbrega y oscura
 Y os daña la humedad.

Condesa. Estrella mia,
 Tanto este sitio mi dolor endulza,
 Que siempre me apesara y me contrista

Abandonar su soledad inculta;
 Porque siempre que dichas imagino
 Tan solo aquí mi corazon las busca.
 ¿Ves los millares de hojas que en los árboles
 Al paso de los zéfiros susurran?
 Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
 Germina en mi memoria cada una.
 Si de aura mansa al perfumado soplo
 En apagado són lentas murmuran,
 Adormecen mis penas; y me tornan
 En gozo melancólico mi angustia.
 Si ráfaga veloz, con roncadas alas
 Cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
 Responden á su són dentro mi pecho
 Secretos mil, que mi conciencia nublan.
 ¡Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
 Esta enramada soledad fecunda,
 Tan espuestos al viento como ellas
 Y como ellas tambien tranquilos nunca.
Est. Si humilde lealtad puede esas penas
 Calmar, en mí depositad algunas,
 Señora, y si al consuelo se resisten,
 Al menos de hoy las lloraremos juntas.

Condesa. ¡Llorar! ¡consuelo de serviles almas
A quien su suerte miserable abrumba,
Mas ponzoña de nobles corazones
Que fieramente con su suerte luchan!
Est. ¿Tanto os acosa vuestro mal, señora?
¿No va Don Sancho la morisca chusma
Dó quier venciendo, y la vertida sangre
Lava de vuestro esposo con la suya?
Condesa. Que no suene ese nombre en
mis oídos.
Est. Perdonad, ya lo sé; sé que á una
viuda
Que llora un noble esposo, por quien casta
A la mundana vanidad renuncia,
Por quien la hermosa faz y esbelto talle
En toscos paños codiciosa enluta,
No deben con inútiles recuerdos
Del esposo, aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
Cabezas de enemigos en su tumba
Las glorias de su padre...
Condesa. Calla, Estrella,
Que tu ignorante lealtad te ofusca.
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero
Al derribar las berberiscas lunas
El cetro de Castilla de las manos
De su madre arrebatada, se le usurpa?
Est. ¿Señora!
Condesa. ¿Y que aunque venza mil
batallas,
Al cabo vendrá á ser vencido en una?
¿No ves que solo en pelear pensando,
De sus pueblos el bien descuida en suma,
La paz, que es solo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda
¿Qué pan, Estrella, comerán mañana
Los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora
Él la desecha con fiereza estúpida?
Est. ¿La aceptaríais vos?
Condesa. Y de eso trato.
Est., con prontitud. ¿Y son tal vez por
eso esas nocturnas
Visitas que admitís de ese africano?
Condesa. Ese secreto para siempre oculta
Dentro del corazón, Estrella, ó teme
Que te abra ante los pies la sepultura.
Est. Perdonadme, señora, mas hoy que
oigo
De vuestros labios la verdad desnuda,
De mi fiel corazón hoy permitidme
Que los ruines temores os descubra.
Condesa. (¡Qué es lo que va á decir!) Di.
Est. Creí un tiempo
Que un amor encerraba esta aventura.
Condesa. ¡Necia!
Est. Mi inesperienza me disculpe;

Mas hoy que cesa tan villana duda
Y hallo la causa del secreto trato,
Gozo leal el corazón me inunda.
Condesa. ¡Ea, ya basta! ¿De García
Hernandez
La viuda altiva, por la llama inmunda
Se abrasara de un moro? Tal vileza
Cabe no mas en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
Y eterna sombra mi secreto cubra:
Y aqui quiero advertirte, Estrella incauta,
Que los hondos proyectos que se anudan
Dentro de los palacios en secreto
Son ¡vive Dios! mortífera cicuta
Para aquellos que necios ó traidores
Dentro del corazón no los sepultan.
Con que si has de vivir de hoy mas, Estrella,
Este guarda en el tuyo, y no descubras,
Ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama
A quien el moro por la noche busca. —
¿Qué ruido es ese? (*Ruido á lo lejos.*)
Est. Que se acerca el conde
Y el pueblo al retirarse le saluda.
Todo Burgos le adora.
Condesa. Sí, ahora vence;
Mas ¡ay del conde si los moros triunfan!
Voz dentro. ¡Viva el conde Don Sancho!
Pueblo idem. ¡Viva!
Voz idem. ¡Viva!
El vencedor del moro!
Pueblo idem. ¡Viva!
Voz idem. ¡Viva!
Nuestro ángel tutelar!
Pueblo idem. ¡Viva!

ESCENA II

DICHAS; ENTRA EL CONDE POR LA PUERTA DEL
PARQUE QUE FIGURA DAR AL CAMPO, PRECE-
DIDO DE DOS PAGOS CON HACHONES, Y SE-
GUIDO DE SANCHO MONTERO, Y VARIOS
CABALLEROS Y VILLANOS QUE LE APLAUDEN.

Conde, á los villanos. Apartaos,
Basta de aplausos ya, bravos pecheros:
Gracias y retiraos.
Y vosotros, mis fieles caballeros,
Idos tambien con ellos, y aprestaos
A descansar, que acaso en breves horas
Os llamarán las trompas y atabales
Para salir contra las huestes moras.
Un Cab. Todos, señor, saldremos
Y con vos venceremos,
O moriremos junto á vos leales.
Conde. Gracias, así lo espero; idos ahora,
Que en vos segura mi esperanza estriba.
Uno. ¡Viva el conde Don Sancho!

Otros. ¡Viva!
Todos, saliendo de la escena. ¡Viva!

ESCENA III.

EL CONDE, AL VOLVERSE, CUANDO LOS SUYOS
SE ALEJAN, VE A LA CONDESA.

Conde. Dios vele sobre vos, madre y señora.
Condesa. Contigo venga, victorioso conde.
Conde. ¿Tan tarde y en el parque todavía?
Condesa. Aun no lo es tanto.
Conde. (¿Qué misterio
esconde
Su inquietud, y su gran melancolía?)
(*A Sancho.*)
Sancho, lejos mis órdenes espera.
(*A Estrella.*)
Y aparta tú tambien, que á solas quiero
Con mi madre quedar.
Condesa, con desden. La vez primera
En muchos dias es.
(*Vanse Montero y Estrella: él por la
puerta de la derecha, que se supone dar
á las habitaciones del conde. Ella por
la del fondo, que da á las de la condesa.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. ¿Puede un guerrero
Disponer de los suyos á su antojo?
¿Puedolos yo emplear en la ternura
Cuando del moro el temerario arrojo
Provoca mi arrogancia y mi bravura?
Madre, ya lo sabeis; la tierra tinta
Aun con la sangre de mi padre humea.
Condesa. Tal verdad en tu rostro el duelo
pinta;
¿Mas quién causó la desigual pelea?
Conde. No, madre, no me hagais tamaña
injurias;
Si errores juveniles me arrastraron
De mi buen padre á provocar la furia,
Con mi llanto y mi sangre se lavaron.
Fuí rebelde un momento; ¡ah! lo confieso
Con dolor; mas tambien desde aquel punto
Fué mi vida ejemplar; y fué por eso
Al honor de mi padre mi honor junto.
Mi pueblo olvidó ya las inquietudes
Que un tiempo le causé; yo le di gloria,
Y hoy aplaude su prez y sus virtudes
Porque vive en su hijo su memoria.
Todo es hoy para mí dicha, esperanza,
Y todos hoy mis triunfos victorean.
¡Solo á mi madre mi placer no alcanza,
Y mi gloria sus lágrimas afean!

Decidme, ¿qué anhelaís? ¿Qué hay en la vida
Que el enarcado ceño os desarrugue?
¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre que-
rida,
Que vuestro llanto interminable enjague?
Condesa. La paz.
Conde. ¿La paz? Pues bien; po
ella lidio:
Por esa paz consoladora y bella,
Que para vos, para mi pueblo envidio.
Condesa. Pues bien, el moro te brindó
con ella.
Conde. ¿Con una paz vendida á peso de oro!
¿Con vergonzosa paz, ruin y traidora!
¿Con esa paz que me propone el moro
Porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no: yo venzo; cada dia
Ensanzo mas y mas nuestras fronteras;
Su tierra tiembla en la presencia mia:
Y huye espantada su canalla impia
A la sombra no mas de mis banderas,
Por eso paz y treguas me proponen;
Temen que mi valor los acorrale,
Y en la paz se aperciben y disponen
A que otra vez la suerte no iguale.
No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
Aqui ni alli; cuando vencidos sean,
Cuando haga yo con sus tostadas pieles,
Con sus lenguas que injurian y bravean
Los frenos adobar á mis corceles,
Esa paz las daremos, que desean.
En tanto, madre, seamos los mejores:
O todo ó nada; ó siervos, ó señores.
Condesa. Siervos, nada tal vez: ¿ellos
acaso
No tienen armas, gente, capitanes?
Si el terrible Almanzor te gana un paso,
¿Qué valdrán tu valor y tus afanes?
Todo ó nada, á su vez te dirán ellos;
Todo ó nada, y metiendo sus caballos
Por medio de tus miseros vasallos,
Sus cimitarras segarán sus cuellos.
Conde. Mi padre fué por vos á tierra estraña
Y es natural que ajena aqui en Castilla
(*Con frialdad.*)
Sintais temor por nuestra noble España;
Mas no la conoecis: no es maravilla.
Condesa. Pero conozco el mundo y la
fortuna,
Que lo trastorna todo, y será un dia
En que triunfe tal vez la media luna.
Conde. ¡Tened por Dios la lengua, madre
mia,
Si ha de ser de enemigos abogada!
¿Qué esperais de esa paz? ¿Qué de los moros?
¿Os seducen tal vez de su embajada
Los soberbios presentes y tesoros?
Esperad unos dias, y tras ellos

Veréis cuál para vos mi gente alcanza
Presentes de mas prez, mucho mas bellos,
Ganados á los botes de su lanza,
Esas serán de vos dignas preseas;
No las de que ellos alabarse pueden
De que á fuer de limosnas nos las ceden
Por ser de su tesoro las mas feas.
En la viuda de un conde de Castilla
Tan mezquina ambicion siempre es mancilla.

Condesa. Deber es de una noble castellana
Del sumiso enemigo oír el ruego.
Perdonar, es virtud muy soberana;
Mas grande el vencedor se ostenta luego.

Conde. Madre, no sé qué arcano misterioso

Esa tenaz intercesion encierra;
No comprendo ese empeño vergonzoso
De interrumpir las glorias de esta guerra.
No lo comprendo, madre mia; y juro
Que la paz del espíritu me quita
El ver que cada triunfo que aseguro
Os entristece mas, mas os irrita.
Mas os juro tambien que es ruego vano;
Sí, mientras reine yo, para esos pesos
Labrará solo el pueblo castellano
Lanzas agudas y pesados hierros.

Condesa. ¿Mientras que reines tú? ¡manchebo loco!

¿Y á qué llamas reinar? ¡á andar talando
Tus propias tierras; á tener en poco
Los ruegos de tu madre, que llorando
Los dias y las noches tus deslices
Pasa, viendo sus pueblos infelices!

Conde. Madre, bien veo que el frecuente trato

Que os permito con moros y estrangeros
El corazon os mina; sin recato
Andan por Burgos ya con hartos fueros
De mal hijo tachándome y de ingrato,
Deslumbrando á mis fieles caballeros;
Y ¡por Dios! que de tanta villanía
La culpa tiene la indulgencia mia.

Condesa. Eso es, eso es, ensalza tu indulgencia,

Tu generosidad, cuando me tienes
En triste y vergonzosa dependencia,
Cual cautiva tomada por rehenes.

Conde. ¡Señora!

Condesa. Sí, cerrada en tu palacio.

Conde. ¿No recibis en él, y en menguamía,
Con toda libertad, con todo espacio,
Cuantos quereis de su caterva impía?

Condesa. A cualquier desterrado se permiten

Amigos de afliccion.

Conde. ¿Quién son los vuestros,
Madre? ¿Quién son los que ante vos se admiten?

Condesa. De ciencias y artes hábiles maestros.

Conde. Y acaso en ellas demasiado diestros.

Condesa. Los que mi pobre espíritu iluminan,

Los que endulzan un poco mis pesares.

Conde. Sí, y los que vuestro espíritu alucinan,

Y os llevan del error á los altares,
Los que os dan ambicion, los que os dominan.

Condesa. Sí, porque saben mas que el vulgo necio,

Porque ahonda los misterios mas sombríos
Su alta ciencia.

Conde. con desden. ¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

Condesa. Y yo no, los atiengo, los escucho,
Y aprendo de ellos.

Conde. ¡Y con frutos grandes!
Mas de Burgos saldrán antes de mucho.

Condesa. No bastará tal vez que tú lo mandes.

Conde. ¡Madre!

Condesa. Basta; será lo que te digo.
Ya me hartó de sufrir tu dependencia;
Tu madre soy, y reinaré contigo.

Conde. Reinad si lo quereis, reinad si os place:

De todo disponeis; en nada coto
Os he puesto jamás; todo se hace

Cual quereis en mi casa; vuestro voto
Para todos es ley, madre y señora.

Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;
Cuallo habeis hecho siempre, hacedlo ahora:

Mas hombre soy, dejadme á mí la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;

Vos derrochadlos, mas en tiempo alguno
Me roguéis por judíos ni por moros,

Porque jamás amar podré á ninguno.

Condesa. ¿Con que ese embajador...?

Conde. Se irá mañana.

Condesa. ¿Y se irá sin respuesta?

Conde. Sin ninguna.

Condesa. Pues yo, conde, tambien soy soberana,

Y voy á darle por mi parte alguna.
Quiero ser á lo menos cortesana
Con quien á mí somete la fortuna.

Conde. ¿Los vais á recibir?

Condesa. Si, ya lo he dicho.

Conde. ¡Madre, Dios os perdone tal capricho!

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Oh, me traspasa el corazon desvío
Tan injusto y tenaz! ¿cuándo con ella

Fuí rebelde ni ingrato? el reino mio,
Mi decoro, mis leyes atropella.

¿Y se queja de mí? ¡Destino impio,
De tu mano implacable la honda huella
Conozco en su altivez! Mi madre ahora

Es de mi antiguo horror la vengadora.
Tal vez para mi padre fui mal hijo,
Y es mala madre para mí: ¡ya veo

Tu justicia, gran Dios! y mas me aflijo
Cuanto mas recta tu justicia creo.

¡Ay, yo me empeño con afan prolijo
En prevenir su gusto, su deseo,
La preparo aun á costa de mi afrenta,
Y ella me contraria y me atormenta!

¡Oh! y ese afan en pro de la morisma,
Ese favor con que al judío acorre
En una sima de pesar me abisma;
Sangre estrangera por sus venas corre...

Esta idea fatal... ¡siempre la misma!
¡De la mente no sé cómo la borre!
Y aunque el nombre de madre me la espanta,
¡Siempre tras de mi madre se levanta!

¡Oh, triste vida! ¡miserable vida
La vida en los palacios condenada
A pasar en recelos consumida
Y por ruines sospechas desgarrada!

Ruín destino á los principes acuida,
Polvo es su orgullo, su grandeza nada:
¡Colgado del dosel de su grandeza
Hay un puñal que amaga su cabeza! —

En fin, aierta vivamos
Los que á gobernar nacimos,
Los que á ser señores y amos
De otros condenados fuimos,
Velemos, no los perdamos.

¡Montero!

ESCENA VI.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

San. ¿Señor?

Conde. Ya es tarde,
Vámonos á recoger,

Y mañana muy temprano,
Sancho, á despertarme ven.

San. ¿A qué hora?

Conde. Al rayar el alba:
Un asunto de interés
Quiero encargarte, y es fuerza
Que te enteres antes de él.

San. Señor, nací vuestro súbdito,
De cuanto soy disponed.

Conde. Mañana, Sancho: descansa
De aquí hasta el amanecer.

San. Descuidad, rayando el alba
A vuestra puerta estaré.

Conde. Y no ha de pesarte de ello

Si me sirves franco y fiel.

San. Los del Valle de Espinosa
Jamás rompieron su fé.

Conde. Por tu lealtad, Montero,
Te escogi yo: vamos pues. (Entran.)

ESCENA VII.

ESTRELLA, POR LA PUERTA DEL FONDO.

Gracias á Dios que se fueron.

Teniendo estaba, pardiez,
Que el otro viniera, y ellos
La seña oyeran tambien:

Y entonces, ¡Dios nos ampare!
¿Qué iba de todos á ser?

¿Cómo tolerara el caso
De Don Sancho la altivez?

Tiemblo con solo pararme
En pensamiento tan cruel.

¡Y yo, necia, que creía
Con tan sandía candidez
Que ese moro era un galan!

¿Quién tal pudiera creer?
¿La condesa de Castilla,
Matrona de tanta prez,
En una aflicion tan ruín
Desatentada caer?

¡Pobre de mí, que en el Valle
De Espinosa mi niñez
Pasé en sencillez inculta!

¿Qué de los palacios sé?
¡Oh, perdónenme los cielos
Tan injurioso creer!

Perdóneme mi señora,
Pues de sencilla pequé.

¡Ea! El desliz emendemos
Con mas severa estrechez
Obedeciendo sus órdenes:

Vasalla suya nacer
Fué mi suerte, y ser me cumple
Para mis señores fiel.

En atalaya me pongo
A su señal á atender. (Se sienta.)

ESCENA VIII.

ESTRELLA; SANCHO MONTERO, CON RECATO, POR LA PUERTA DE LA DERECHA.

San. No la he visto en todo el dia,
Y los ojos no sabré

Pegar en toda la noche
Si no la veo una vez.

¡Oh, la quiero con el alma!
¡Cuan bella y cándida es!
No tengo otro pensamiento.

Esta es su ventana; haré

La seña contiento... ¡Estrella! (Llamando.)

Est. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es él!

San. Estrella, ¿qué haces aquí?

¿Porqué de tu cuarto dentro

A estas horas no te encuentro?

Est. (Temblando estoy, ¡ay de mí!)

San. Responde, Estrella, responde.

¿Porqué en tu cuarto no estás?

Est. ¿Y tú, Sancho, adónde vas?

San. ¿Dónde voy, Estrella? ¿dónde

Iré cuando en todo el día

No he logrado un solo instante

Ver el sol de tu semblante?

Est. ¡Es cierto, Sancho!

San. Alma mía!

Sin verte no sé vivir,

Que fuera vivir sin ver;

Tú, Estrella mía, has de ser

La estrella que he de seguir.

Sin tí no tengo valor,

Ni me siento con paciencia

Para sufrir la existencia

Que no ha de dorar tu amor.

Est. Sancho mío, yo tampoco

Vivir un día pudiera

Sin la esperanza hechicera

De tu amor.

San. Yo tengo en poco

Sin tí todo el mundo, Estrella;

La mas santa obligacion,

Si lucha en mi corazón

Con tu fé, sucumbe á ella.

Si fuera posible en mí

Luchar lealtad y amor,

Entre tu fé y mi señor

Quedara el campo por tí.

Est. ¡Sancho!

San. ¡Oh! esto es suponer:

Porque oposicion no hallo

Entre el galán y el vasallo,

Entre el amor y el deber.

Amo al conde como debo,

Te amo á tí con cuanto soy;

Con él á la muerte voy

Y á tí en el alma te llevo.

¿Mas qué zozobra te asalta?

¿Estás inquieta? ¡ah! sospecho

Que en venir á verte he hecho

Sin duda, Estrella, una falta.

Est. No, no, Sancho; mi mayor

Placer es verte, es hablarte;

Entristecerte, enojarte

Mi mas íntimo dolor.

San. Pero tu mano en las mías

Tiembla, sí, vagan tus ojos

Sin cesar... ¡Estrella!

Est. Enojos

Aparta, Sancho, y manías.

¿No me conoces? ¿no sabes

Que con el alma te quiero?

¿No sabes que te prefiero

A los negocios mas graves?

No hay cosa que tú me indiques

En que yo no te complazca;

Manda, haré cuanto te plazca.

San. Mando que te justifiques.

Est. ¿De qué?

San. ¿A qué sales aquí

A hora tan estraña, Estrella?

Est. ¡Ay, Sancho! los labios sella

Si me han de injuriar así.

Casi á un tiempo hemos nacido,

Juntos nos hemos criado,

Niños nos hemos amado,

Hermanos siempre hemos sido.

¿Y puedes dudar de mí?

San. ¡Ay, Estrella, qué sé yo!

Est. ¿Quieres injuriarme?

San. ¡Oh, no!

Est. ¿Mas estás zeloso?

San. ¡Oh, sí!

Est. ¿Zeloso, Sancho? ¿En verdad

Que no lo estás con razon!

San. Estrella, hace el corazón

De las sombras realidad.

Y este parque solitario,

Esta hora tan avanzada,

Esta noche tan cerrada...

¡Ay! si un juicio temerario

Me impelieron á formar,

Confiesa que hallé razon.

Est. Pues bien, los zelos depon.

Yo te juro...

San. ¿A qué jurar,

Falsa, lo que en este instante

Está todo desmintiendo?

¡Ay, Estrella, ya lo entiendo,

Eres muger, é inconstante!

Las costumbres de palacio

Tus costumbres corrompieron,

Acaso te sedujeron...

Est. Sancho, habla con mas espacio.

Que estás hablando de mí:

Y aunque no nací condesa,

Conservaré siempre ilesa

La honra con que nací.

Si ahora en este parque estoy,

Bástete, Sancho, saber,

Que ni faltó á mi deber,

Ni me olvido de quien soy.

San. Pues bien, entonces, Estrella,

¿Qué secreto es el que guardas

Que así en mostrármelo tardas,

Si tus juramentos sella?

¿Temes, amándote yo,

Fiar tu secreto en mí?

¿No fias de Sancho?

Est. ¡Oh! sí.

San. Pues bien, descúbrele.

Est. ¡Oh! no.

San. Estrella, ¿qué suponer

De ese silencio?

Est. Que callo

Porque cabe en el vasallo

El amor con el deber.

Espera, Montero, un día

Y todo lo entenderás.

San. ¿Todo me lo explicarás?

Est. Sí, todo. ¡por vida mía!

San. Entonces, Estrella, fio

En tí, aunque llevo recelos...

Est. No volvamos á los zelos.

San. ¡Ah! no está eso en poder mío.

Est. Vete pues, Sancho, que es tarde.

San. Vóime, Estrella, hasta mañana,

Porque en hora muy temprana

Fuerza es que el conde me aguarde.

A Dios.

Est. A Dios. (Suenan dos palmadas.)

San. Mas, ¿qué es eso?

Estrella, eso es un aviso.

Es una seña, preciso.

Est. Seña es, Sancho, lo confieso.

San. Pues bien, si á satisfacer

Mis zelos dispuesta estás,

Déjame abrir.

Est. Sancho, atrás.

San. ¡Estrella!

Est. No puede ser.

Pues que Dios lo quiere así

Todo el secreto sabrás,

Mas á ese hombre no verás.

San. ¡Ah! ¿con que es un hombre?

Est. Sí.

Mas no soy yo quien le espera,

Ni á quien él busca soy yo.

San. Falsa muger, ¿cómo no,

Si estás de tu cuarto fuera?

Est. ¿Y no hay nadie en el palacio

Que pueda mandarlo así?

San. ¡La condesa!

Est. Sancho, sí.

San. No sé cómo tengo espacio

Para escuchar de tu lengua

Tal falsedad, tal mancella.

¿La condesa de Castilla

Puede obrar con tanta mengua?

No; y eso es crimen mayor

Que tu antigua falsedad.

¿Ella tanta liviandad?

¿Ella tan infando amor?

Est. No, Sancho, este es el secreto;

La condesa admite á un hombre,

Mas de esa accion, no te asombre,

No es el amor el objeto.

San. En un laberinto, Estrella,

Me metes de confusion:

Si no es una vil pasion,

¿Qué quiere ese hombre con ella?

Est. ¿En los palacios, Montero,

No hay mas secretos, mas citas

Que de amor?

San. Dar necesitas

Satisfaccion por entero.

El secreto que tú guardes

Tambien yo guardar podré,

Pero al par acecharé

Las trazas de los cobardes.

Estrella, yo veré á ese hombre.

Est. ¡Sancho!

San. Es mi resolucion;

Oiré su conversacion,

Y sus señas y su nombre

Tomaré, y si es nimiedad

Mugeril, será un secreto;

Mas si hay en ello otro objeto,

Primero es mi lealtad.

Est. ¡Ah Sancho mío! ¡Por Dios

Retírate! ve lo que haces.

San. Solo así me satisfaces;

Oyéndolos yo á los dos.

Est. ¡Imposible!

San. Elige pues;

O los oigo de este modo,

O abro arrojando por todo

Y nos perdemos los tres.

Est. No puedo con tal rigor:

Sea, Sancho, como quieres,

Porque al cabo en las mugeres

Lo primero es el amor.

Ocultate. (Vuelve á sonar la seña.)

A abrirle voy.

(Estrella va á abrir la puerta falsa.)

San. Tal vez mi deber traspaso,

Mas yo sabré en todo caso

Portarme como quien soy.

(Se esconde Sancho en el cenador.)

ESCENA IX.

ESTRELLA, HISSEM; SANCHO, OCULTO.

Hiss. Esclava, tarda has andado:

¿Dormias?

Est. No, infiel.

Hiss. ¿Qué hacias

Pues, que á abrirme no venias?

¿No ves que si hubieran dado

Que en esa puerta á esta hora

A que abrieran acechaba...?

Est. Perdonad.

Hiss. Despacha, esclava,

Condúceme á tu señora.

Est. Voy á avisarla.

San. ¡Dios mio!
¡Por cuanto valgo que ignoro
Si estoy sonando! ¡Es un moro!

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA;
SANCHO, OCULTO.

Hiss. ¡Sultana mia!

Condesa. ¡Hisseem mio!

San. ¡Cielos! ¡es esto ilusion?
Escuchemos.)

Condesa, á Estrella. La escalera
Cuida, Estrella, desde fuera,
Y encaja bien el porton.

(*Vase Estrella.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM; SANCHO,
OCULTO.

Condesa. Hissem, ya estamos solos. Harto
oscura

La noche está, y seguros nos hallamos
A favor de esta lóbrega espesura.

Hiss. Dime, sultana, pues: ¿en qué que-
damos?

¿Cede el conde?

Condesa. No cede.

Hiss. ¿El ruego, el oro

Nada podrá con él?

Condesa. Nada: es en vano

Ofrecer y rogar; no puede el moro

Mas que guerra esperar del castellano.

Hiss. ¡Guerra!

Condesa. Implacable, sin cuartel,
sangrienta.

Hiss. ¿No oye pues mi embajada?

Condesa. No; mañana

Te arrojará de Burgos.

Hiss. ¡Tal afrenta!

¿Y tú tambien sucumbirás, sultana,

A su ciego furor? ¿Tantas viglias

De afan han de perderse en un momento?

Por siempre nos aparta, ¿y no me auxilias?

¡Y no te opones con osado aliento

Y le dices: ¡Atrás! llegó mi hora,

¡Yo soy aquí tu madre y tu señora!

Condesa. ¿Con qué poder, Hissem?

Hiss. Con tu arrogancia.

¿No hay consejo, no hay pueblo á quien
quejarte,

A quien decir en Burgos, que en tu estancia
Te guarda sin cesar, y ni asomarte

Te permiten sin su órden á tus rejas,

Que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

Condesa. Y eso es mentira, Hissem.

Hiss. Vulgo villano

Siempre habrá pronto para oír tus quejas.

Condesa. O no le habrá; ese vulgo en
quien confias

Le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas:

Celebra su valor todos los dias

Con doble afan, que en esperanzas locas

De triunfos le adurmíó; y botin, tesoros

Espera de esa lid contra los moros.

Hiss. Y espera con razon; ¡pese á Mahoma!

Lanzados mas allá de sus fronteras

Les parece el mundo se desploma

Sobre ellos, divizando sus banderas.

¡Cobardes en España envilecidos!

¡De su raza y valor degenerados!

Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos

Le envian sus tesoros mas preciados

Para pedir la paz... y si ahora mete

Ese conde sus huestes vencedoras

Por nuestra tierra audaz y la acomete,

¡Ay desdichadas de las lanzas moras!

¡Ay desdichado nuestro afan, sultana!

¡Yo tan amante y tú tan altanera,

Tú quedarás en Burgos prisionera,

Y á mí de Burgos me echarán mañana!

Condesa. ¡Y tres años, Hissem, tres lar-
gos años

De cautiverio por mi amor sufridos!

¿Tres años, sí, de cábalas y amaños,

De zozobras y crímenes?

Hiss. Perdidos.

Jamás, jamás á vernos volveremos.

Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,

Uno de otro enemigos moriremos.

Condesa. Nunca; á tal sacrificio no, no
alcanza

Mi vil resignacion. Aun tengo amigos,

Hisseem, sajones, árabes, franceses,

Que temen de Don Sancho los castigos,

Y apoyan mi faccion, mis intereses.

Sí, tu embajada, ¡pese á su arrogancia!

En mi cámara propia, á medio dia

Yo mañana oiré: nadie en mi estancia,

A tí ha de osar á la presencia mia.

Hiss. con desden. Y él al mismo dintel
de tu aposento

Cautivos nos hará.

Condesa. Y saliera caro

Al conde tan osado atrevimiento

Al recibiros yo bajo mi amparo.

Hiss. Inútil razonar, la fuerza es suya,

Tú lo has dicho; hay un medio solamente

Que su poder y su furor destruya.

Condesa. ¿Cuál es?

Hiss. Que yo me aleje prontamente,

Y á mis reyes de Córdoba y Sevilla

A tí como mi esposa te presente,

Y tributaria de ellos á Castilla.

Condesa. ¡Hisseem!

Hiss. Entonces con doblado brío

Nos enviarán cohorte numerosa:

Tuyo será el condado; y tuyo y mio,

Reina serás, y libre y poderosa.

Condesa. ¿Yo mi fé he de abjurar? no.

Hiss. ¡Ruin reparo!

Se cede al sevillano un pié de tierra,

Y otro pié al cordobés; con nuestro amparo

En nuestros pueblos cesará la guerra;

Y mirando de entrambos al decoro,

Cristiana vivirás, viviré moro.

Condesa. Jamás, Hissem, jamás.

Hiss. ¡Tarde, traidora,

Te llevo á conocer!

Condesa. Moro, ¿qué dices?

Hiss. ¿Qué fué tanta promesa seductora?

¿Tantos augurios de tu amor felices?

¡Y que me amabas sin cesar decias!

Que apreciabas los riesgos, los azares

Que por tí arrostré intrépido: ¡mentias!

Condesa. Nunca, Hissem, osaré hasta

mis altares.

Hiss. ¿Qué entiendes tú de amor? ¡ne-
cia cristiana

De corazon cobarde! ¿Qué comprendes

De esa pasion que por tan firme vendes,

Solo capaz de una ánima africana?

Tres años te servi como cautivo,

Mi valor y mi origen olvidando;

Tres años que por tí sin honra vivo,

Tres años ¡necio! que te estoy amando;

Y mi fé y mi pasion no te pondero

Cual tú la tuya; y tantos sacrificios,

Tal firmeza en tan bravo caballero,

¿Cómo me pagas tú? ¡ah, que vas infiero

A reprocharme aun mil beneficios!

Condesa. Sella, bárbaro Hissem, sella la
boca;

Tus palabras son fuego, maleficios

Para mi corazon, me vuelven loca.

Atropellé mi honor, engañé al conde

Mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,

Cuanto emprendí y fragué no te se esconde:

¿Y me llamas cobarde? Pues bien, moro,

Habla: ¿qué quieres de mi amor? responde;

Cuanto quieras haré, porque te adoro.

Hiss. Abre un sepulcro.

Condesa. ¿A quién?

Hiss. ¿No lo adivinas?

Condesa. ¡Me horrorizas, Hissem!

Hiss. De otra manera...

Condesa. ¿Otro crimen aún?

Hiss. Tú no imaginas

Cuánto te importa que primero muera.

Condesa. Jamás.

Hiss. Piénsalo bien.

Condesa. Basta con uno.

Hiss. ¡Miserable de tí! cavas tu tumba

Condesa. Medios hay...

Hiss. No, sultana, no hay ninguno;

Todos tu pertinacia los derrumba.

Condesa. Nunca.

Hiss. Piénsalo bien, que es tu destino,

Que lo dice tu horóscopo.

Condesa. ¡Qué dices!

Hiss. No; los dos no cabeis por un ca-
mino,

Y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!

Hundiros uno á otro es vuestro sino.

Condesa. ¡Sueñas, Hissem!

Hiss. ¡Oh torpe rebeldía!

¿No hay conjuros, cristiana, no hay en-
cantos

Que vierten luz sobre el futuro dia,

Y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?

Condesa. No los hay en mi fé.

Hiss. Mas sí en la mia,

Y los he consultado.

Condesa, con espanto. ¿Y eso dicen?

Hiss. Eso; y de no los astros nos maldicen.

Condesa. ¿Y es cierto? ¡horror!

Hiss. Tú misma verlo puedes.

Condesa. ¿Cómo?

Hiss. ¿Crees en la ciencia?

Condesa. Sí.

Hiss. El conjuro

Ante tí á hacerse volverá.

Condesa. ¿Seguro?

Hiss. Cierto, infalible.

Condesa. Quiero verlo.

Hiss. ¿Y cedes

Convencida una vez?

Condesa. Sí, te lo juro.

Hiss. Mañana pues al despuntar del alba

Baja á la gruta en que Simuel habita:

Mi esclavo estará aquí, llegarás salva;

Y el fatal porvenir que nadie evita

A tus ojos pondrá el israelita.

Condesa. Iré.

Hiss. ¿Tendrás valor?

Condesa. Sí.

Hiss. Pues mañana

Tu destino sabrás, y á eleccion tuya

Muerta en Burgos serás ó soberana.

Condesa. Hable el destino y la eleccion

es suya.

Hiss. Piénsalo.

Condesa. Iré: vé en paz.

Hiss. A Dios, sultana.

ESCENA XII.

LA CONDESA; SANCHO, OCUITO.

Condesa. Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que se estremece
Medroso el corazón... Ese judío
Ante quien claro el porvenir parece,
¿De quién recibe su poder? ¡impío!
Mas sus negros conjuros obedece
El destino en verdad. ¡Oh! ábrase el mio;
Y aunque el misterio horrendo me horripila,
Penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIII.

LA CONDESA, ESTRELLA; SANCHO, OCUITO.

Est. ¡Señora!
Condesa. ¿Qué?
Est. De aquí partamos: ruido
De pasos percibí por la escalera
Del conde, y distinguir me ha parecido
Su sombra atravesar tras su vidriera.
Condesa. Gente acaso en el parque habrá sentido,
Y desvelado está.
Est. ¡Si aquí nos viera...!
Condesa. En tan lobrega noche no es creíble
Que vió desde el balcón.
Est. Todo es posible,
Señora.
Condesa. Vamos pues.
Est. (¡Ay! ya respiro,
Pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XIV.

SANCHO, LUEGO EL CONDE.

San. Mis ojos lo miraron, mis oídos
Lo oyeron, y lo dudo todavía.
No, no es fascinación de mis sentidos,
No es ilusión de loca fantasía,
(*Asoma el conde y se le acerca.*)
Es la increíble realidad. Vendidos
A los moros están... ¡Por vida mía
Que el ser madre y condesa no la salva
De que lo sepa el conde antes del alba!
A despertarle voy; ahora, sí, al punto
A decirle: « Don Sancho, levantaos,
El mundo está contra nosotros junto:
Del sitio en que piseis aseguraos,
Del aire que aspireis, ó sois difunto:
Fermenta la traición como en un caos
En vuestra propia casa... » ¡Oh, yo estoy loco!

Voy... todo el tiempo me parece poco.
(*El conde, que ha venido á colocarse tras
el saliendo de palacio, le detiene diciéndole:*)

Conde. Gracias, Sancho.
San., de rodillas. ¡Señor!
Conde. ¡Silencio! todo
Lo escuché desde allí, todo lo he visto.
¡Pluguiera á Dios que no!
San., con afán. ¡Ah! de ese modo...
Conde. Tu lealtad conozco.
(*Interrumpiéndole.*)
Mas por Cristo.

San., id. Señor, que comprendais...
Conde, id. ¡Sancho, silencio!
De la idea que oculta aquí reside
Solo á Dios que la alcanza damos cuenta,
Tan solo el confesor cuenta nos pide;
De palabras que al hombre dan afrenta
Justo es que el afrentado nos las pida,
Y la afrenta se lava con la vida.
San. Señor, para arrancármelas del pecho
Si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!
Cien lanzas abrirán camino estrecho.
Conde. Solo así, Sancho, vivirás seguro.
San. Será.
Conde. No te lo digas ni á tí mismo;
A esa idea de escándalo y de mengua
Dentro del corazón abre un abismo;
Que no suba jamás hasta tu lengua.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara de la habitación de Don Sancho. Decoración de una sola caja. Puerta en el fondo y á un lado.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

Tiempo es ya de despertarle,
Que está vecina la aurora
Y quiero de sus encargos
Darle una respuesta pronta.
¡Ay! ¡desdichados mil veces
Los que en alcázares moran
Arrastrando una existencia
Que tantos duelos acosan!
¿Pero qué es eso? alguien sube
Por el caracol... Zozobras
El ruido menor me causa
Desde que sé... (*Llaman con precaución.*)
Pero tocan
En esa puerta. ¿Quién?
Est., dentro. ¡Sancho!
San. ¿Qué oigo! (*Abre.*)

ESCENA II.

SANCHO, ESTRELLA.

San. ¡Estrella, tú á estas horas...!
¿Qué quieres?
Est. ¡Ay, Sancho mio,
Qué noche tan espantosa!
San. ¿Qué es lo que dices, Estrella?
Est. ¡Sancho, por nuestra Señora
Que me digas lo que anoche
Vistes!
San. ¡Por Dios, que curiosa
Por demas eres, Estrella!
¿A tí de eso qué te importa?
Est. No imagines, Sancho mio,
Que curiosidad es sola
Mi pregunta, ni por eso
A la antecámara propia
De Don Sancho me llegara;
No, no; mi razón es otra.
En agitación horrenda,
En pesadilla angustiosa
Toda la noche ha pasado
La condesa mi señora.
San. ¿Y eso qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
Muy frecuente.
Est. Sancho, no;
Nunca la vi como ahora:
Hubo un momento en que miedo
La cobré... ¡la creí loca!
San. Tu poco espíritu, Estrella;
Tu superstición medrosa
Tal vez de un somnambulismo
Tamañas quimeras forja.
Est. No, no; se arrojó del lecho
Desesperada y furiosa,
Desencajada, convulsa,
Diciendo con voces roncadas:
« Dame, Hissem, dame tu alfanje,
Tenle, y que su sangre corra. »
Luego se hincó de rodillas
A una aparición incógnita,
Suplicando... ¡ay, Sancho! entonces
Yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
Se pintaba su recóndita
Pavura sobre el semblante,
Y los ojos de las órbitas
Saltádosela, en su frente
Brotaba en hirvientes gotas
Mortal sudor... si la hubieras
Visto... ¡ay, estaba espantosa!
San. (¡Infeliz!) Estrella, cálmate:
Sin duda esa aterradora
Escena que estás contándome

Soñaste en la noche próxima,
Y con tan vivo carácter
Tu imaginación pintóla
Que realidad la creíste.
Est. ¡Ojalá, Sancho! mas óyela
Del todo, y juzga conmigo
La realidad de esa historia.
San. Di.
Est. Serenóse un momento;
Calmóse aquella diabólica
Agitación de su espíritu,
Y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
Volvió á arrojarle furiosa
Del lecho, y á la ventana
Abalanzándose, abríola.
Tendió los brazos por fuera,
Y en voz angustiada y cóncava
Gritó: « ¡Hissem, acude, sálvame!
¡Aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
Mi fé, mi sér, mi corona! »
San. Silencio, Estrella, silencio,
Que Don Sancho no te lo oiga.
Est. ¡Ay! todavía me dura
El temblor.
San. Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
Te lo aseguro, tan poca
Importancia hubo en su plática
Con el moro y tan remota
Relación tiene con eso...
Est. Sancho, esto sin duda toca
En un secreto que guardas
De mí: ¡ay! yo consoladora
Una palabra á lo menos
Esperaba de tu boca.
San. Estrella, yo te lo juro,
Aunque en mi última hora
Estuviera, no podría
Asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
Esa aprensión melancólica
Con el reposo disipa,
Y aguarda á que tu señora
Despierte, y de tí y sus damas
Para tocarse disponga.
Est. Tarde será.
San. ¿Porqué, Estrella?
Est. Porque á mí como á las otras
Nos despidió de su cámara
Con faz enarcada y torva
Diciéndonos: « Para nada
Os necesito; de sobra
Estáis aquí; ea, dejadme
Las antecámaras solas,
Y que nadie en ella entre
Sin escepcion de persona. »